

para él y no para Antioco; pero si la fortuna concedía al rey el honor de derrotar á los romanos en aquella lucha, ¿podía esperarse que Aníbal se resignase á vivir como súbdito, bajo la autoridad de un rey, cuando apenas se había sometido á las leyes de su patria? Si en su juventud se había mostrado ambicioso, si había abrazado en sus vastas esperanzas el imperio del mundo, no era para soportar un amo en la vejez. El rey no necesitaba á Aníbal como capitán; podía llevarle en su comitiva y consultarle acerca de las operaciones de la guerra. No aprovechando más que á medias su ingenio, nada podía temerse ni perderse. Si se le pedía demasiado, sus servicios serían tan funestos para el que los prestase como para el que los recibiese.»

No hay caracteres más propensos á la envidia que el de aquellos cuyo talento no esté á la altura de su nacimiento y fortuna: estos detestan la virtud y el mérito ajenos. En seguida se renunció á la idea de enviar á Aníbal al Africa, aunque este era el mismo proyecto útilmente concebido para comenzar la guerra. Antioco se dejó deslumbrar, especialmente por la defección de Demetriades en favor de los etolios y decidió no diferir su marcha á Grecia. Antes de hacerse á la vela, subió por mar hasta Ilión, para ofrecer allí un sacrificio á Minerva. En seguida marchó á reunirse con su flota y partió con cuarenta naves cubiertas, sesenta sin cubierta y doscientas de transporte, cargadas con todo género de provisiones y máquinas de guerra. Recaló primeramente en la isla de Imbros, de la que pasó á la de Sciathos; allí reunió aquellas naves que se habían separado de la flota en alta mar, y fué á anclar en Peteleo, en el continente. Allí encontró al magnetarca Euriloco y muchos magnetos notables que habían acudido de Demetriades. Lisonjeado por esta atención, entró á la mañana siguiente con su flota en el puerto de la ciudad,

desembarcando sus tropas á corta distancia. Llevaba con él diez mil hombres de infantería, quinientos caballos y seis elefantes, fuerzas apenas suficientes para apoderarse de la Grecia sin defensa y mucho menos para sostener la guerra con los romanos. A la noticia de la llegada de Antioco á Demetriades, los etolios celebraron una asamblea general, en la que redactaron un decreto llamando al rey á su país. El rey, que estaba enterado de sus propósitos, había salido ya de la ciudad y llegado á Falares, en el golfo Maliaco. Cuando recibió el decreto, marchó á Lamia, donde le recibieron con entusiasmo, entre aplausos, aclamaciones y toda clase de muestras de alegría de que tan pródiga es la multitud.

Cuando llegó á la asamblea, introdujéronle el pretor Feneo y los etolios principales; y en cuanto se guardó silencio, tomó la palabra el rey, comenzando por excusarse por haber llegado con fuerzas tan inferiores de las que esperaban de él. «No podía, dijo, darles prueba más clara de sus buenas disposiciones para con ellos que la de haberse hecho á la mar sin haber terminado sus preparativos y en estación tan desfavorable; haber contestado sin vacilar al llamamiento de sus legados, y haber pensado que su sola presencia bastaría para garantir á los etolios de todo peligro. Por lo demás, á los que pudiesen creer por el momento engañadas sus esperanzas, prometía cumplir y hasta colmar sus deseos. En cuanto la estación permitiese navegar, cubriría toda la Grecia con sus armas, caballos y combatientes, y de naves todas sus costas. No perdonaría trabajo ni gasto; arrojaria todos los peligros por libertarlos del yugo de la dominación romana, dar libertad á Grecia y asegurar la supremacía de los etolios. Entretanto debían ocuparse éstos de suministrarle trigo y otras provisiones á precios aceptables.»

Con general asentimiento se recibieron las palabras del rey; pero en cuanto se retiró, tuvieron un altercado los dos jefes de los etolios, Thoas y Feneo. Este opinaba que se tomase á Antioco por mediador de la paz y árbitro de las diferencias que tenían con los romanos, antes que por jefe supremo. Sostenía que su presencia y majestad impondrían mucho más á los romanos que la fuerza de las armas, y que con frecuencia, para evitar la guerra, se hacían voluntariamente concesiones que las armas y la violencia no pueden arrancar. Thoas replicó que no animaba á Feneo el amor de la paz; que quería hacer suspender los preparativos de guerra con objeto de enfriar el celo del rey con fatigosas dilaciones y dar tiempo á los romanos para que se preparasen. «¿Podrían esperar, dijo, condiciones equitativas del Senado? Todas las legaciones que habían enviado á Roma, y todas las entrevistas que habían tenido con el mismo Quinecio, ¿no demostraban lo contrario? ¿No habían implorado el socorro de Antioco porque habían perdido toda esperanza? Si recibían aquel socorro antes de lo que esperaban, ¿no era motivo para desplegar mayor actividad y para rogar al rey, puesto que había venido en persona, y este era el punto capital para libertar á Grecia, que trajese sus fuerzas de mar y tierra? Con las armas en la mano, conseguiría algo Antioco de los romanos; desarmado, no tendría influencia alguna, no solamente en favor de los etolios, pero ni para defender sus propios intereses.» Esta opinión prevaleció, decidiéndose dar al rey el título de jefe supremo, y se designaron treinta de los etolios principales para que le sirvieran de consejo en caso necesario.

Disolvióse entonces la asamblea, y las legaciones se separaron para marchar cada una á su ciudad. Al día siguiente deliberó el rey con su consejo acerca de las operaciones con que convenía comenzar la campaña, y

se opinó empezar por el ataque de Calcis, contra la que poco antes habían hecho los etolios una tentativa inútil, reconociéndose que el éxito antes se debería á rápida ejecución que á esfuerzos y preparativos considerables. El rey se puso, pues, en camino para la Fócida, con mil hombres de infantería, que habían ido con él desde Demetriades. Los jefes de los etolios, que habían tomado otro camino con escaso número de jóvenes, lo encontraron en Queronea y le siguieron en diez naves cubiertas. El rey mandó á sus fuerzas acampar en Salganea, se embarcó con los jefes etolios y pasó el Euripo. Abordó cerca del puerto de Calcis y encontró delante de las puertas de la ciudad los magistrados y vecinos más notables. De una y otra parte se separaron algunos para conferenciar: los etolios insistieron vivamente para que los calcidianos, sin renunciar á la alianza de Roma, aceptasen también la amistad y alianza del rey. Antioco, dijeron, no había pasado á Europa para hacer la guerra; quería libertar la Grecia, libertarla realmente, y no con palabras y fingimientos como los romanos. Nada interesaba tanto á las ciudades griegas como conseguir la amistad de dos potencias, porque de esta manera encontrarían en las pretensiones de una, apoyo contra las violencias de la otra. Debían tener en cuenta el inminente peligro que correrían rechazando al rey, puesto que los romanos estaban demasiado lejos para socorrerles, y que Antioco, convertido en enemigo, estaba delante de sus puertas con fuerzas á las que no podían resistir. Micción, uno de los varones más notables de Calcis, contestó que se preguntaba con asombro en favor de quién había creído el rey deber abandonar sus estados y pasar á Europa. «No conocía en Grecia, añadió, ninguna ciudad que estuviese ocupada por guarnición romana, ó que pagase tributo á los romanos, ó que encadenada por tratado inicuo, sufriese oneroso

yugo. Los calcidianos no necesitaban libertador, puesto que eran libres, ni protector, puesto que la generosidad del pueblo romano les había asegurado la paz al mismo tiempo que la libertad. Por lo demás, no despreciaban la amistad de Antioco ni la de los etolios; pero la primera prueba que les pedían era que abandonasen la isla y se alejaran; porque estaban decididos, no solamente á no recibirles en la ciudad, sino á no contraer ninguna alianza sin el consentimiento de los romanos.»

El rey recibió esta contestación en las naves, donde había permanecido, y como no había llevado fuerzas suficientes para atacar la ciudad, decidió por lo pronto regresar á Demetriades. Allí deliberó con los etolios acerca de lo que debía emprenderse después del mal éxito de aquella primera tentativa, conviniéndose en procurar atraerse á los aqueos y á Aminandro, rey de los athamanos. Suponíase a los beocios indispuestos con los romanos, desde la muerte de Braquilas y los acontecimientos que la siguieron. Creíase que Quincio, envidioso de la gloria que había adquirido Filopomeno en la guerra de Laconia, odiaba y detestaba á aquel jefe de la liga aquea. Aminandro había casado con Apamia, hija de un tal Alejandro, megalopolitano, que pretendía descender de Alejandro Magno, y que había dado á sus dos hijos los nombres de Filipo y de Alejandro, y á su hija el de Apamia. Elevada ésta por su matrimonio al rango de reina, la había acompañado á Athamania el mayor de los hermanos, Filipo. Antioco y los etolios lisonjearon la vanidad de aquel joven, haciéndole esperar, como si verdaderamente perteneciese á familia real, que llegaría al trono de Macedonia, si decidía á Aminandro y á los athamanos á unirse con Antioco. El cebo de estas promesas sedujo no solamente á Filipo, sino que también á Aminandro.

Los aqueos recibieron á los legados de Antioco y de

los etolios en la asamblea de Egiana, en presencia de T. Quincio. El embajador de Antioco obtuvo la palabra antes que los etolios. Acostumbrado al énfasis, como lo están casi todos los cortesanos de los reyes, habló en términos pomposos y retumbantes de las fuerzas con que su señor cubría el mar y la tierra. A darle crédito, un innumerable caballería pasaba del Helesponto á Europa, compuesta de loricatos, llamados catafractos, y de arqueros cuyos dardos difícilmente se evitaban, y que alcanzaban con más seguridad en su fuga cuando lanzaban sus flechas hacia atrás. A estas temibles falanges, que en su opinión bastaban para anonadar todos los ejércitos reunidos de Europa, añadía numerosa infantería, queriendo amedrentar los ánimos con la enumeración de pueblos casi desconocidos. «Fórmanla, decía, los dahos, los medas, los elimenos y los cadusios. En cuanto á las fuerzas navales, la Grecia no tenía puerto capaz de contenerlas. Formaban la derecha los sidonios y los tirios; la izquierda los aracios y pamfilios de Sida, los primeros de todas las naciones por sus conocimientos náuticos y su valor en las batallas navales. Inútil era hablar de los tesoros y provisiones de guerra de Antioco, porque sabían que los imperios del Asia tenían oro en abundancia. Los romanos no tenían que habérselas con Aníbal, jefe de una sola ciudad, ni con Filipo, encerrado en las fronteras de Macedonia, sino con el monarca soberano de toda el Asia y de parte de Europa. Del extremo oriente venía para libertar la Grecia; y sin embargo, no pedía á los aqueos nada contrario á sus compromisos con los romanos, sus primeros aliados y amigos. Pedíales, no que empuñasen las armas y se le uniesen contra ellos, sino que permaneciesen neutrales y que hiciesen votos por la paz entre los dos partidos, como conviene á amigos comunes, sin tomar parte en la guerra.» Arquidamo,

legado de los etolios, habló de la misma manera, exhortando á los aqueos á que permaneciesen tranquilos, que era el partido más sencillo y seguro; siendo espectadores de la guerra, esperando el resultado de la lucha sin comprometer su propia existencia. Pero poco á poco dejó de meditar sus palabras, llegando á injuriar á los romanos en general y á Quincio en particular. Acusóles de ingratitud, les recordó censurándoles que debían á los etolios su victoria sobre Filipo y su salvación; que los etolios eran los que habían salvado á Quincio y á su ejército; que Quincio jamás había cumplido los deberes de general. Aseguraba que en día de combate, solamente le había visto ocupado de auspicios, víctimas y votos, como simple sacrificador, mientras que él le cubría con su cuerpo contra los venablos enemigos.»

Quincio contestó que Arquidamo había pensado más en los que se encontraban allí cuando hablaba, que en aquellos á quienes se dirigía. «Los aqueos saben bien, añadió, que el valor de los etolios se revela más en palabras que en acciones, y que lo ostentan más en asambleas y reuniones que en el campo de batalla. Por esta razón habían tenido poco en cuenta la opinión de los aqueos, que les conocían demasiado. Arquidamo había demostrado aquella jactancia para engañar á los legados del rey y por ellos á su señor. Si hasta aquel día se habían ignorado los motivos de la alianza de Antioco y de los etolios, los discursos de sus legados los habían puesto de manifiesto. Habíanse engañado recíprocamente con vanas esperanzas, rivalizando en falsedades y exageraciones. Ya los habéis oído; los unos, asegurando que ellos habían vencido á Filipo, que, con su valor, habían salvado á los romanos y realizado otras maravillas; que todas las ciudades y pueblos de Grecia, vosotros los primeros, iban á abrazar su partido; el

otro, anunciando con orgullo nubes de peones y jinetes y hablando de cubrir el mar con sus flotas. Todo esto se parece mucho al festín de un huésped mío, vecino de Calcis, hombre honrado que sabe hacer los honores de su mesa. Recibidos un día en su casa, en el rigor del verano, con grandes atenciones, sorprendiéndonos encontrar en aquella época del año tan abundante y variada provisión de caza. Nuestro huésped, que no es tan vanidoso como estos, nos contestó sonriendo que aquella caza que tan pomposamente ostentaba, solamente era carne de cerdo disfrazada por las salsas. Esto mismo puede decirse de las fuerzas del rey que se han complacido hace un momento en exagerarnos. Todas esas tropas de diferentes armas, todos esos nombres de pueblos desconocidos, los dahos, los medos, los cadusios, los elimeos, no son en último caso más que sirios, más dignos por su carácter servil del nombre de esclavos que del de soldados. ¡Ojalá pudiese, oh aqueos, poner ante vuestros ojos todos los pasos de ese poderoso monarca en Demetriades y en Lamia, con objeto de asistir á la asamblea general de los etolios, y en Calcis! Veríais á lo sumo en su campamento real la sombra de dos débiles legiones que ni siquiera están completas. Veríais á ese poderoso rey en tanto casi mendigar víveres de los etolios, para medirlos en seguida á sus tropas, en tanto tomar dinero á usura para pagarlas; y otras veces, deteniéndose ante las puertas de Calcis, sin poder entrar en la ciudad, y regresar á la Etolia sin haber hecho más que ver Aulida y el Euripo. Mal han hecho Antioco en confiar en los etolios y los etolios en creer las vanidades del rey. Esta es una razón más para que no os dejéis engañar y os entreguéis á la buena fe de los romanos, en la que, por tantas pruebas, habéis aprendido á confiar. Esa determinación que os presentan como la más prudente, ese consejo que os dan de no

tomar parte en la guerra es lo más contrario á vuestros intereses; porque sin armas, sin infundir respeto, caeréis en poder del vencedor.»

La contestación pareció victoriosa y las disposiciones de la asamblea para con el orador habían de hacerle recibir favorablemente. Así fué que no hubo discusión ni vacilaciones. Los aqueos decidieron unánimemente que tendrían por enemigos y amigos á los que lo fuesen del pueblo romano, é hicieron declarar la guerra á Antioco y á los etolios. Además, siguiendo los consejos de Quinceio, enviaron en el acto quinientos hombres de refuerzo á Calcis, y otros tantos al Pireo; porque en Atenas estaba á punto de estallar una sedición, merced á los manejos de algunos emisarios de Antioco, que trataban de seducir con brillantes promesas á la multitud, dispuesta siempre á venderse por dinero. Pero los partidarios de los romanos llamaron á Quinceio, y Apolodoro, jefe de la revuelta, acusado por un tal León, fué condenado al destierro y expulsado de Atenas. El legado del rey llevó, pues, á su señor contestación poco satisfactoria de parte de los aqueos. Los beocios no contestaron categóricamente, diciendo que cuando Antioco llegase á la Beocia, deliberarían acerca de lo que habían de hacer. Enterado Antioco de que los aqueos y Eumeno habían enviado refuerzos á Calcis, creyó debía apresurarse, si había de adelantarse ó sorprenderles á su llegada. Envió, pues, á Menipo con cerca de tres mil hombres y á Polixénidas con toda la flota; marchando él mismo pocos días después al frente de seis mil de los suyos y los pocos etolios que apresuradamente había podido levantar en Lamia. Los quinientos aqueos y el débil socorro de Eumeno, guiados por el calcidio Xenoclidés, no encontraron todavía cerrados los pasos; atravesaron el Euripo sin que les inquietasen y penetraron en Calcis. Poco después, los ro-

manos, en número de quinientos también, llegaron en el momento en que Menipo había establecido ya su campamento delante de Salganea, cerca del templo de Mercurio, en el punto donde se embarcan para pasar de la Beocia á la Eubea. Iba con ellos Micción, enviado de Calcis á Quinceio para pedirle aquellos refuerzos. Viendo cerradas las salidas por el enemigo, detúvose en su marcha hacia Aulida y se inclinó hacia Delio, como si tratase de pasar desde allí á la Eubea.

Delio es un templo de Apolo que domina el mar y dista cinco millas de Tenagra. Desde allí hasta el punto más cercano de la Eubea hay menos de cuatro millas de distancia. Este templo y el bosque sagrado que le rodeaba, la santidad é inviolabilidad de aquellos parajes, que los griegos llaman asilos, inspiraban á los romanos mucha seguridad. Además, todavía no estaba declarada la guerra, ó al menos no se habían desenvainado las espadas ni derramado sangre. Ocupábanse algunos soldados en recorrer el templo y el bosque sagrado, otros paseaban desarmados por la playa y el mayor número estaba por los campos, ocupados en recoger leña y forraje. Aprovechando Menipo la dispersión, cayó de pronto sobre ellos, los destruyó é hizo cerca de cincuenta prisioneros. Muy pocos fueron los que escaparon, encontrándose entre ellos Micción que se lanzó á una nave pequeña de transporte. Este descalabro, que Quinceio y los romanos sintieron profundamente, dió más legitimidad á la guerra contra Antioco. El rey había hecho avanzar su ejército hasta las murallas de Aulida, enviando, tanto en su nombre como en el de los etolios, á que intimasen la rendición á Calcis, pero con orden de emplear tono más amenazador; y á pesar de los esfuerzos contrarios de Micción y Xenoclidés, consiguió sin trabajo que le abriesen las puertas. Inmediatamente después de su llegada, abandonaron

la ciudad los partidarios de los romanos. Las fuerzas de Eumeno y los aqueos continuaban ocupando á Salgamea, y algunos soldados romanos, que habían penetrado en su fuerte sobre el Euripo, lo rodeaban de nuevos trabajos para defenderlo. Los aqueos y los soldados de Eumeno se rindieron primero y salieron de la plaza con la condición de que podrían retirarse sin que les molestasen. Los romanos resistieron más; pero rodeados por mar y tierra y viendo acercar las máquinas y aparatos de sitio, cedieron también. Dueño de la capital de la Eubea, recibió la sumisión de las demás ciudades, alentándole aquel afortunado principio que ponía en su poder aquella isla tan grande y aquellas ciudades tan importantes.

FIN DEL LIBRO XXXV.

LIBRO XXXVI.

SUMARIO.

El cónsul Manio Acilio Glabrión, secundado por Filippo, derrota á Antioco en las Termópilas, le arroja de Grecia y reduce á los etolios.—El cónsul Publio Escipión Nasica dedica el templo de la madre de los dioses, que él mismo había trasladado al monte Palatino, después de declararle el Senado el ciudadano más virtuoso de la república.—Derrota á los boyos en batalla campal, recibe su sumisión y triunfa de ellos.—Diversas ventajas obtenidas por las flotas romanas sobre los generales de Antioco.

En cuanto tomaron posesión del cargo los cónsules P. Cornelio Escipión, hijo de Cneo, y M. Acilio Glabrión, antes de tratar de sus provincias, recibieron orden del Senado de ofrecer á los dioses víctimas mayores en todos los templos donde ordinariamente se celebraba el lectisternio la mayor parte del año, pidiendo que la nueva guerra que se había decretado redundase en utilidad y gloria del Senado y pueblo romano. Todos los sacrificios tuvieron excelente resultado; las primeras víctimas auguraron á la república el favor de los dioses; y los arúspices anunciaron que aquella guerra debía ensanchar los límites del imperio, y prometía á los romanos victorias y triunfos. Habiendo desterrado todos los escrúpulos religiosos esta declaración, el Senado mandó dirigir al pueblo la pregunta acostumbrada: